

AVES QUE VEO EN INVIERNO

Lars Jonsson

AVES QUE VEO EN INVIERNO

TRADUCCIÓN DE ELDA GARCÍA-POSADA



e

errata naturae



alfrón



alfró

ÍNDICE

Prefacio 11

Introducción 13

PERDIZ PARDILLA 29

FAISÁN VULGAR 32

•
GAVILÁN COMÚN 39

AZOR COMÚN 44

BUSARDO RATONERO 51

•
PALOMA DOMÉSTICA 55

PALOMA TORCAZ 63

PALOMA ZURITA 71

TÓRTOLA TURCA 75

•
PICO PICAPINOS 79

PICO MENOR 86

PITO REAL 91

PITO CANO 97

PICAMADEROS NEGRO 103

•
AMPELIS EUROPEO 109

•
ACENTOR COMÚN 116

•
CHOCHÍN COMÚN 119

•
PETIRROJO EUROPEO 123

•
MIRLO COMÚN 129

ZORZAL REAL 136

ZORZAL ALIRROJO 142

•
CURRUCA CAPIROTADA 144

•
REYEZUELO SENCILLO 147

•
MITO 149

HERRERILLO COMÚN 153

CARBONERO COMÚN 160

CARBONERO GARRAPINOS 174

HERRERILLO CAPUCHINO 179

CARBONERO PALUSTRE 182

CARBONERO MONTANO 188

CARBONERO LAPÓN 198

•
AGATEADOR EUROASIÁTICO 200

•
TREPADOR AZUL 203

•
ARREDAJO EUROASIÁTICO 209

ARREDAJO FUNESTO 213

URRACA COMÚN 217

CASCANUECES NORTEÑO 221

GRAJILLA OCCIDENTAL 226

GRAJA 230

CORNEJA CENICIENTA 236

CUERVO GRANDE 245

•
ESTORNINO PINTO 251

•
GORRIÓN COMÚN 257

GORRIÓN MOLINERO 265

•
PINZÓN VULGAR 269

PINZÓN REAL 275

VERDERÓN COMÚN 283

JILGUERO EUROPEO 295

JILGUERO LÚGANO 299

PARDILLO COMÚN 305

PARDILLO PIQUIGUALDO 306

PARDILLO SIZERÍN 309

PARDILLO ÁRTICO 314

CAMACHUELO PICOGRUESO 316

CAMACHUELO COMÚN 323

PICOGORDO COMÚN 330

•
ESCRIBANO NIVAL 338

ESCRIBANO CERILLO 341

ESCRIBANO TRIGUERO 346



San Juan

PREFACIO

HASTA HOY, MI TRABAJO se había centrado en la realización de guías de campo. Para ello profundicé de manera sistemática en el estudio de todos los tipos de ave que hay en Europa. Cinco volúmenes durante la década de los setenta, ordenados según el hábitat o las regiones biogeográficas, a los que siguió, en los ochenta, una guía de identificación pura y dura. Recuerdo, aunque haya intentado olvidarlo, lo difícil que se volvía esa clase de labor en su recta final, cuando se aproximan los plazos de entrega y aún quedan detalles que resolver. Pormenores que acaban por convertirse en todo un tratado a menor escala.

Con esta obra, al principio, mi intención fue realizar un compendio de las impresiones que me causaban los pájaros que se veían desde la ventana de mi taller en invierno. Un libro sencillo sobre unas cuantas especies, con dibujos esbozados por mí. Todo empezó con el verderón común. Fue la atracción que me despertó (y los estudios que hice sobre otros que no se le parecían pero que eran muy corrientes) lo que me animó. Pero únicamente quería mostrar las diferencias, los colores y las expresiones de individuos aislados. Después de un par de años pintando y analizando este tipo de ave, empecé a vislumbrar una posible estructura que daba forma a mi trabajo. El problema era que se quedaban fuera cincuenta y ocho variedades que habían captado mi interés. Todas merecedoras de igual atención y con tal cantidad de rasgos fascinantes y distintivos que, a pesar de que el tiempo pasaba, creí que era necesario incluirlas. A sólo unos pocos días de la fecha prevista para que el libro entrase en imprenta, me encontré a mí mismo absorbido, por ejemplo, por los zorzales reales, que acababan de llegar del norte, y confrontado, por tanto, con nuevos personajes que habían de incorporarse al volumen. Es increíble que esta obra haya acabado por completarse.

Quiero agradecer a mi esposa, Ragnhild, por su comprensión durante todo el tiempo que me secuestró este proyecto. Gracias también a Martin, Annika y a Pontus, de la editorial, por su paciencia y orientación, indispensables para que este libro haya encontrado a sus lectores.

Lars Jonsson

Hamra, 11 de noviembre de 2015



INTRODUCCIÓN

FESTIVIDAD DE SANTA LUCIA. 13 de diciembre de 2012. En los últimos días, la nieve ha ido, poco a poco, en aumento, hasta dejar hoy una capa de unos buenos veinte centímetros de grosor. La noche pasada, la temperatura descendió hasta los cinco grados bajo cero, y da la sensación de que sigue manteniéndose en negativo. El cielo es de un gris plomizo y, según el pronóstico del tiempo de esta mañana, puede que caiga otra nevada a lo largo de la jornada impulsada por los vientos procedentes del este. He optado por ponerme unos gruesos pantalones impermeables, ya que aún no han despejado el trecho del camino que desciende hasta el mar, tras la granja de Lennart Ödman. Va a ser un poco laborioso bajar hasta los herbazales costeros.

Pienso en las aves de invierno. Y en el paisaje del sur de Gotland. Es realmente gélido. La luz no logra penetrar de forma adecuada. Miro la superficie blanca y trato de compararlo con el aspecto que tendrá en marzo o abril. El tipo de disquisiciones que suele ocupar la mente de los pintores y artistas. ¿Cómo de blanco es, en realidad, el blanco?

Campos lechosos rodeados de hileras de setos de endrinos, espinos y, de manera ocasional, manzanos silvestres. La nieve se extiende por las ramas de los árboles. Sólo en sus extremos puede la brisa ligera agitar un poco los minúsculos tallos. Un pequeño grupo de gorriones comunes parece reflexionar sobre lo que le depara el día, encaramado a nuestro intrincado arbusto de madreSelva. Justo ahí, en la tapia, coloqué no hace mucho unos cuantos cañamones; sin embargo, los que no se comieron en su momento se encuentran ya cubiertos por la nevada. Posados así, constituyen, probablemente, de todas las escenas cotidianas relacionadas con las aves, la más invernal que uno pueda imaginar; sin duda, un buen modo de comenzar la jornada. Ayer me conecté a Internet, eché un ojo a la página de la Sociedad Sueca de Ornitología y me descargué la lista de las treinta especies más frecuentes avistadas en el marco del programa «Aves de Invierno

a Nuestras Puertas», que esta institución elabora cada año tras pedirles a los suecos que les envíen detalles acerca de los pájaros que se han encontrado en los comederos durante el último fin de semana de enero. Más de diecinueve mil personas han enviado sus respuestas. El recuento ha dado lugar a la creación de un *ranking* nacional que muestra las variedades más comunes que han hecho acto de presencia en los dispensadores de semillas y en los racimos de bolas de grasa de toda Suecia. Un posible e interesante punto de partida a la hora de decidir qué aves incluir en este libro. No obstante, me he permitido cierta libertad en la elección y he incorporado al conjunto algunas que a mí me gustan de manera especial, que veo cerca de casa en mis paseos y que asocio con la estación fría.

La selección, como todos los años, está encabezada por el carbonero común, el visitante más habitual. Esta circunstancia se debe, sobre todo, a lo mucho que abunda y a lo repartido que, por norma general, se halla por todas las latitudes; quizá también a que no duda nunca en dar buena cuenta de la más solitaria de las pequeñas esferas de sebo o en acercarse al más imperceptible dispensador lleno de pipas de girasol que cuelgue de cualquier balcón o barandilla. El resto de aves que coronan la clasificación son el gorrión molinero, el verderón común, el escribano cerillo, el herrerillo común y el mirlo común. Por lo demás, desde que comenzó a elaborarse el censo anual, en 2006, las posiciones han ido variando, pero entre los treinta primeros puestos siempre aparecen aquellos que, habitualmente, asociamos con los comederos invernales: el trepador azul, el camachuelo común, el gorrión común, el pinzón real y demás.

Al pasar junto a los establos y salir a la carretera, me encuentro con cinco jilgueros europeos posados sobre unas achicorias marchitas que hay a un lado del camino. La verdad es que se trata de una visión que me alegra; en parte por materializarse justo en este momento y, en parte, porque me recuerda que dicha especie se halla, de hecho, en la lista, un poco por debajo del vigésimo puesto.

Cuando uno piensa en las aves de invierno en general, nos vienen en gran medida a la cabeza aquellas que pasan esa estación del año en el norte, adaptadas al frío y la nieve, como, por ejemplo, el arrendajo funesto, el cuervo grande, el urogallo, el águila real, el carbonero montano y el cárabo común, o ciertas aves que son capaces de invernar en tierras heladas siempre que haya cerca alguna extensión

de agua abierta, como el ánade azulón, la serreta grande, la gaviota reidora o el gavión atlántico, con los que uno suele toparse al dar un paseo invernal por las costas norteñas. No en vano, en muchas poblaciones, la alimentación organizada de estas aves se lleva a cabo en los estanques de los parques, que requieren bombas de agua para evitar que se congelen; esto atrae a una mezcla muy heterogénea de patos, gaviotas, córvidos y gorriones, aunque, por supuesto, no existe ningún catálogo estricto o cerrado de las especies que pueden acudir a la comida que se les ofrece. Sin embargo, a pesar de ello y del hecho de que varias de ellas se encuentren en los censos anuales de las «Aves de Invierno a Nuestras Puertas», he preferido, por mi parte, excluir todas las especies acuáticas. He cogido del tirón las primeras sesenta incluidas en las clasificaciones de los últimos años y, a continuación, he eliminado aquellas de patas palmeadas, es decir, los patos y las gaviotas. Luego, he agregado la perdiz pardilla, la cual, por sorprendente que pueda parecer, no se halla incluida en ninguna de las listas (aquí, en el sur de Gotland, donde yo vivo, es todavía relativamente común, y, si nieva, hiela o, sobre todo, si el agua llega a congelarse, suele entrar con facilidad en los jardines de las afueras, pues se trata de un ave que se siente muy a gusto merodeando por granjas y parcelas; de hecho, yo mismo me la he encontrado muchas veces en mi punto de alimentación).

El lugar donde, por norma general, doy de comer a las aves está junto a mi taller de trabajo, a un kilómetro, más o menos, de la casa principal de la finca. Es un granero situado al lado de una robusta arboleda, que cayó en desuso al final de los años cincuenta y que acondicioné para trabajar en él. A través de una de sus ventanas se ven robles muy grandes, un limero, unos cuantos avellanos y otra serie de árboles como el arce noruego, el fresno, el abedul y un enorme arbusto de endrino. Todos bordean un pasto a cielo abierto en el que los espinos, las rosáceas y unos pocos enebros se recortan contra el mar de fondo, el cual puede verse a varios cientos de metros al sureste. Antes de llegar al estudio, atravieso un área de matorrales llena de plantas de cultivo doméstico (un peral silvestre ya maduro, unos lilos, unos cerezos, unos manzanos y unos ciruelos); todos ellos forman una suerte de muro que nos separa de nuestros vecinos, que sólo vienen en verano.

Quizá mi situación geográfica me coloca en una posición algo singular a la hora de alimentar y observar a las aves. Vivo en mitad de

